

REVISTA ILUSTRADA

AÑO I MADRID 16 DE MAYO DE 1881 NUM. 18

DIRECTOR: URBANO GONZALEZ SERRANO.

Redactores: ENRIQUE CALLEJA; ENRIQUE SERRANO FATIGATI; JOAQUIN JUSTE; JOSÉ CANALEJAS Y MENDEZ;
JOSÉ I. HERRERO; J. MÁRTOS JIMENEZ; LAUREANO CALDERON; MAXIMINO RUIZ DIAZ; RICARDO BELTRAN Y RÓPIDO;
VICENTE COLORADO.

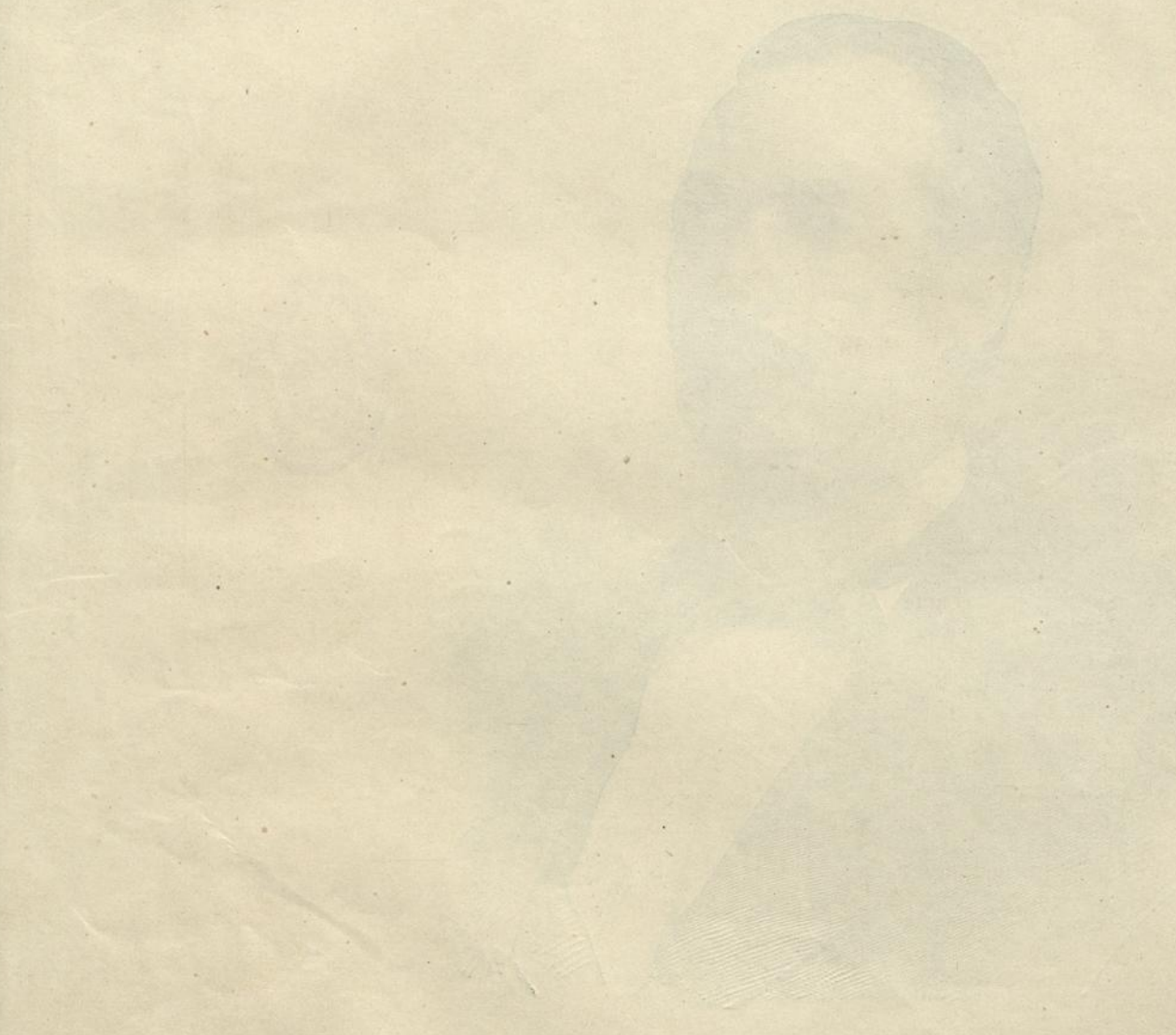
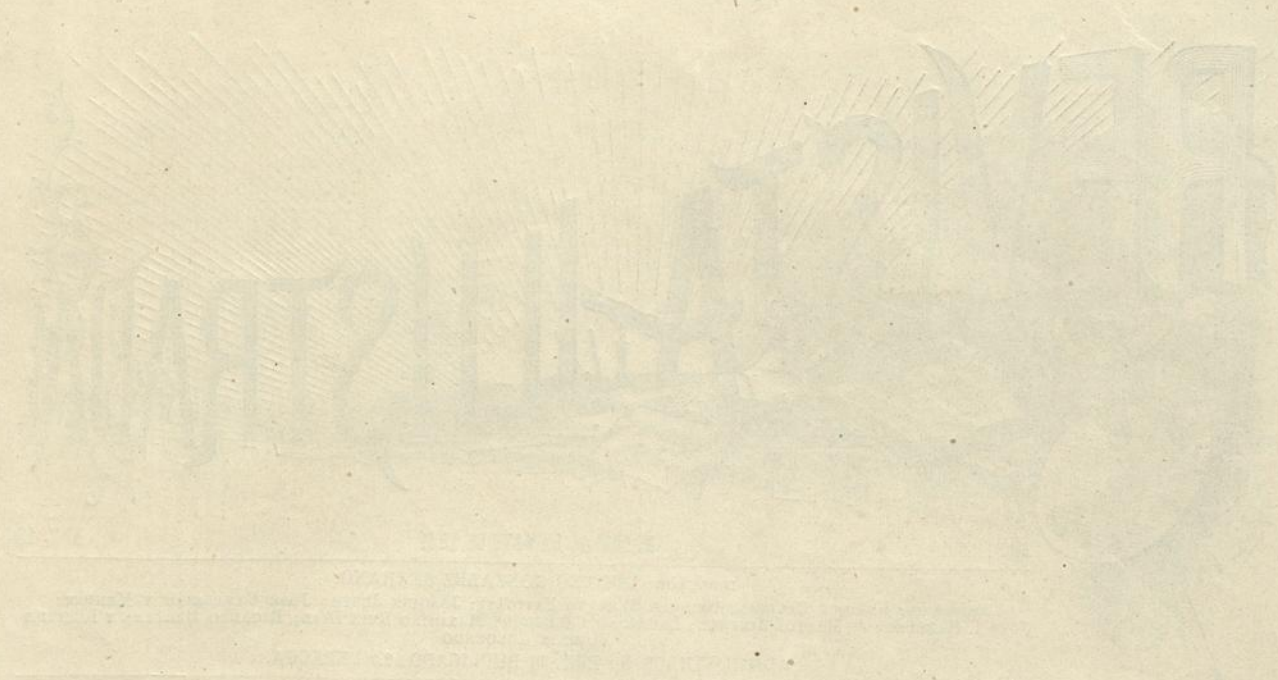
ADMINISTRACION: PEZ, 11 DUPLICADO, 2.º DERECHA.



78 JUN 1973



MANUEL RUIZ ZORRILLA.



AMERICAN BOOK COMPANY

SUMARIO.

NUESTRO PENSAMIENTO, por la Redaccion.—D. MANUEL RUIZ ZORRILLA, por D. José Canalejas y Mendez.—ORÍGENES DE LA VIDA: ÚLTIMO ASPECTO DEL PROBLEMA EXPERIMENTAL, por Enrique Serrano Fatigati.—LOS DOS GENIOS, por J. Márton Jimenez.—LOS DIOS Y LOS HOMBRES, por Vicente Colorado.—DE LA NECESIDAD DE FOMENTAR EN ESPAÑA LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS, por Joaquín Jusle.—ESTADO DE LA NOVELA EN ESPAÑA, por José I. Herrero.—VARIEDADES.

NUESTRO PENSAMIENTO.

Con la aspiracion modesta de pagar nuestro tributo á la cultura que lentamente va conquistando nuestro país, y con el propósito inquebrantable de contribuir al triunfo de nuestros ideales, recurrimos á la opinion pública, si escasos en fuerzas y aptitud, ricos en intenciones sanas, para echar nuestra conciencia á la arena y colaborar á la obra grandiosa de la perfectibilidad y del progreso.

Aspiramos á mover y agitar la opinion; que si el movimiento es vida y las aguas estancadas sólo producen miasmas, hemos de huir del estancamiento é inercia para entrar de lleno en el oleaje de la vida social. A ella queremos llevar cuantos elementos de regeneracion y vida se encuentran en estas grandes energías del espíritu colectivo, que se llaman la ciencia, el arte, la religion, el derecho y la política. Deseamos llegar á la política, la gran preocupacion de nuestros dias; pero deseamos llegar á ella, ya que es la que ofrece sazonados é incrustados en la práctica los frutos de aquellas energías, excitando y agotando el espíritu de concordia y huyendo los caminos de la aventura, moviéndonos por el noble impulso que infunde el ansiado imperio del derecho y de la justicia, que no por la concupiscencia del poder y del mando. A este fin, queremos influir en la opinion y aún ser influidos por ella y por ella provechosamente aleccionados; queremos ser actores y espectadores, que, si evitan cuidadosamente exhibiciones que la dignidad no consiente, se apartan tambien de cómodos y egoistas retraimientos, jamás justificados ante la más estimable condicion del hijo del siglo XIX, ante la condicion de ciudadano.

Cumplir con tal condicion es aportar á esta obra comun de la política y de la lucha por la cultura y el derecho cuantos gérmenes fructíferos halle cada cual en la labor diaria y en la profesion que ejerza. De la ciencia, del arte, del derecho anhelamos educir dichos gérmenes y condensar ante la opinion, si el éxito coronara nuestros esfuerzos, conclusiones prácticas y resultados viables.

En la cultura general filosófica, engreidos de nuestro glorioso abolengo, pues somos y seremos hijos del libre exámen, ni vamos por los caminos señalados por nuestro Larra en lo que llamaba la *preocupacion de la despreocupacion*, ni nos seduce el enervamiento de un volterianismo infecundo para edificar, ni volvemos la vista atras para evitar convertirnos en estatuas de sal. Nuestras simpatías están con las soluciones que marca todo el movimiento filosófico moderno en general, sin exclusivismos de escuela, y sin lemas ó motes, que nada valen ni significan. No

muere sólo el razonamiento de autoridad, el *Magister dixit*: se derrumba tambien el imperio de las escuelas y el dogma estrecho y cerrado de pensamiento preconcebido, y sobre todo encomio vale la indagacion por la virtualidad que le presta la reflexion personal. Abierta ésta á todas las direcciones é influida por todos los vientos, si ha de entrar en la plenitud de la vida científica exige, en vez de restringir, ensanchar todos sus poros y recoger verdades aquí y allá esparcidas; pues por algo se dice que no es la realidad plano uniforme, sino prisma de infinitas caras. Sin que se nos oculte que hoy toda filosofía tiene que ser principalmente crítica, nos esforzaremos en unir y concertar, hasta donde el límite nada escaso de las fuerzas propias lo consienta, la especulacion con la experiencia.

No somos, pues, partidarios de esta relegacion de lo experimental á lo denominado, con frase despreciativa, bajos fondos del Positivismo; ántes bien estimamos maravilla del siglo el prodigioso desarrollo de las ciencias naturales, cuyo movimiento, algo semejante al vértigo, hemos de exponer fielmente, confiados en que la accion del tiempo ha de inferir, del enjambre de hipótesis y teorías que se suceden, concepcion exacta del mundo y de la realidad.

En el interin, y por no dejar á un lado ninguna de las energías que se amalgaman en esta gran química social, intervendremos en la crisis religiosa de nuestros dias, y en ella habremos de justificar nuestro punto de mira, libre, es verdad, de un *esprit fort* que se reviste de prematuros escepticismos, pero tambien completamente emancipado de toda imposicion dogmática; sobreentendiendo en ello que si la Religion es ante todo obra y producto del espíritu colectivo, corresponde únicamente al individuo en esta difícilísima renovacion moral y religiosa dirigir sus esfuerzos á traer moral y religion á la intimidad de la conciencia y á prestar culto á Dios con la oracion más grata á sus ojos, que consiste en las buenas obras. Que con tal punto de mira no marchamos á proselitismos de nuevas sectas religiosas, parece superfluo indicarlo despues de haber consignado que la obra de la renovacion religiosa hay que encomendarla á movimiento que ha de brotar de las entrañas sociales, sin que por el momento (que sin duda es solemne y difícil) corresponda al individuo, segun dice en metáfora feliz el más íntegro y profundo de nuestros pensadores contemporáneos, más que encaminar pensamiento é intencion á conquistar la maternidad de la razon, una vez perdida la virginidad de la fe.

Si sobre las manifestaciones de las religiones positivas declaramos eterna y perdurable la Religion, como fondo del cual se desprenden aquéllas, claro está que consideramos que es el arte la forma imperecedera en que el hombre moldea, caldeado por la llama genial, sus ansias y sus dolores, sus temores y sus esperanzas, el más indefinido, que plásticamente se representa en la Leyenda del Judío errante. Y así como no somos partidarios de la frase tímida de que los Dioses se van (como si Dios no quedara ante toda renovacion religiosa), tampoco creemos que el arte perece cuando reviste nuevas formas y sufre las transformaciones que son la ley de todo lo que vive. Ni trabas retóricas, ni límites escolásticos, reconocemos en el arte, que es una energía social cuyo fin primero y casi único es la produccion de la belleza. Que el mal puede ser objeto del arte, siquiera para prestar relieve y dar con sistencia al bien y para llorar virilmente, que no en

insulsas jeremiadas, la ausencia del bien, ¿cómo hemos de detenernos á probarlo? Hable por nosotros la rica y abundante literatura del moderno Pesimismo.

Ante el campo de Agramante de las escuelas artísticas y los ingeniosos discreteos de lo objetivo y de lo subjetivo, de lo realista y de lo idealista, ni somos neutrales, ni somos eclécticos. Van nuestras preferencias con la producción de la belleza y nuestros odios contra el género literario que Boileau condenaba; pues interesa tener en cuenta que vale hoy el arte por lo que tiene de *personal y real* y por lo que encarna en aquello que goza de una eterna primavera, el fondo siempre nuevo del corazón humano, el *Homo sum* del poeta latino. El arte por la belleza (pues ésta tiene finalidad propia), libre en sus manifestaciones, contribuye, según nuestro criterio, á elevar al hombre en esta escala de Jacob que llamamos su perfectibilidad. Y si hoy, que toda la vida se seculariza, no tiene, como en los tiempos antiguos, la cura de almas, unido á su hermana la Religión cumple el Arte, sin embargo, el nobilísimo destino de elevar al hombre, despertando sus más puras emociones y trayendo á todos los individuos á un concierto y unanimidad de pareceres que maravilla y sirve de bálsamo consolador en esta ruina general de las opiniones y creencias colectivas.

Creemos, pues, que el arte no tiene que atender para nada á ser ó no docente, sino á ser bello; pero como la belleza no es cualidad aislada en esta suprema síntesis de la vida espiritual, puede y debe la belleza *trascender* á dicha síntesis y exceder las filigranas de la forma para tocar con la vara mágica de la inspiración genial elementos y energías que en el fondo de penumbra que rodea la vida convierta la obra de arte en lo que se llama *obra tendenciosa*. Cuando la tendencia y la tesis no amenguan el fin primordial del arte; cuando la idea brota (que no se impone) de la contextura artística, gana la producción estética en valor y cualidad, pues no hemos de suponer que la belleza es menos bella cuando es á la vez verdadera y buena.

Todas estas energías, que unidas á los intereses materiales, pues no vive el hombre sólo de pan, determinan el gran hervor de la vida social, donde se lucha quizá primero por los intereses, pero á la larga y en definitiva por la corriente de ideas que informa una edad ó un ciclo de tiempo, todas estas energías, decimos, han de adquirir su consagración y garantía en la vida jurídica y política del país, á la cual pretendemos dirigirnos con la consoladora esperanza de que, aún careciendo nuestra voz de gran autoridad, señalamos los únicos caminos que guían al progreso real y estable. Al trabajar en esta dirección, lo hacemos convencidos de que ya es tiempo de abandonar el espíritu levantisco y guerrillero, que parece ser congénito con nuestra sangre meridional, para entrar por las amplias y lentas, pero seguras vías, que nos enseñan, con la práctica, pueblos de nuestra misma raza como Francia é Italia.

En Política somos de la Democracia. A ella vamos y por ella trabajamos y en ella y sólo en ella queremos puesto, humilde ó elevado (que en estas cosas no vale elegir), para luchar por su triunfo definitivo, ya que entendemos que la Democracia es el verbo de las nuevas edades y un nuevo y completo régimen de vida, como dice el ilustre Vacherot.

Gana la opinión, tal es nuestra firme creencia y

nuestra más cara ilusión, la Democracia en todas partes y hace en nuestro país su camino lo mismo en las horas adversas que cuando la sonríe el triunfo. No es pequeña ventaja para nosotros poder recordar el hecho elocuentísimo de que conservadores y reaccionarios de nota dieran cuenta del primer aniversario de la Revolución de Setiembre en plena Restauración, consignando que se hallaba ésta imbuida por completo en leyes y principios, aunque no por desgracia en procedimientos, del espíritu revolucionario. Su gloriosa tradición es la que queremos recabar, pues si nunca llegó la Revolución á contar con la única divinidad imperante en Política, el dios Éxito, siempre luchó y luchó noblemente, que nada importan pequeñeces de pasión, por el imperio del derecho.

Somos, pues, demócratas; pero demócratas que no hacen gala de discursos (ya que no se nos oculta el valor de la disciplina) ni presumen de serviles, anhelando servir á las ideas y con ellas y sólo por ellas á las ilustres personalidades que las representan.

Nos condelemos del estado actual de la Democracia en nuestro país y no queremos agravar el mal, decididos á seguir los caminos de la concordia; pero lamentamos semejante desgracia, no por las excisiones ó divisiones, que quizá en su día serán fecundas, sino por los móviles que las determinan. De tales acusaciones hemos de hacer responsables, no á los demócratas, sino á los hombres de la Restauración, á los políticos, discípulos de Maquiavelo, que han trabajado constantemente por arrojar á la Democracia de las vías legales para que no se inspirara en más móviles que los del odio, el desorden y la violencia. Acaso, acaso, estos políticos hábiles se reconocían en su interior derrotados por la Democracia en la lucha legal y anhelaban (por desgracia en parte lo han conseguido) desacreditarla ante el país, llamándola á las vías ilegales y presentándola como enemiga de la paz y de los intereses materiales.

Que de estas heridas á mansalva ha nacido la causa determinante de la lucha fratricida que corroe las entrañas de la Democracia, no necesitamos decirlo, pues habla con más elocuencia que nosotros la realidad de los hechos, que todos presenciamos. Ante ellos no hemos de seguir ahondando diferencias y enardecido enconos; preferimos trabajar por que dichas excisiones se conviertan, libres del odio personal y del santonismo, en lo que llaman los naturalistas *diferenciación de funciones*, para que en el seno de la Democracia se señalen los órganos adecuados que han de incrustar en la vida sus ideales.

Claro está que no venimos á formar nuevo partido, ni á aumentar las fracciones; queremos y estamos dispuestos á enfiar, pues la disciplina centuplica las fuerzas de las colectividades y les imprime además pensamiento común bastante enérgico para ahogar en germen pretensiones egoístas. Somos y estamos con las ilustres personalidades que, libres de todo odio individual y de toda pasión de momento, se colocaron en medio de estas corrientes algo indeterminadas de la Democracia (indeterminadas quizá por lo prematuras) y dieron como resultado el Manifiesto del 1.º de Abril. Hijo este documento del espíritu que domina en la Democracia del centro, donde coinciden hombres aleccionados por la dura experiencia del mando, con hombres consagrados casi exclusivamente á la propaganda, tiene para nosotros el criterio que le informa la ventaja inestimable de que cuenta con la poderosa valía del que primero y desde un principio

inició los medios de hacer viable la Democracia, y con el concurso efficacísimo del antiguo partido radical que representó en las esferas del Gobierno el espíritu de la Revolución de Setiembre.

Sin prestar pleito-homenaje á teorías irreflexivas que han tomado carta de naturaleza en la Democracia desde el 68, merced á una propaganda desdichada, y sin tolerar que otros nos impidan, del lado opuesto, tenernos por sesudos, graves y aun conservadores (siquiera la palabra tenga una historia que nos repugne), tomaremos por norte el Manifiesto del 1.º de Abril y á él llamamos, sin exclusivas ni horcas caudinas, á todos los que se estimen sinceros demócratas. Si, á pesar de que no somos de la lucha diaria, nos llega el alfilerazo de los afines y nos hiere el ataque del que debiera estar con nosotros, quizá le devolveremos, que en asuntos tan complejos entra por mucho la pasión; pero más nos inclinamos á ponerles delante el enemigo común, que á unos y otros nos interesa vencer, la reacción, que, reproduciéndose por segmentaciones, más daño hace cuanto menos movimiento aparenta.

Contra la reacción debiera hacer valer sus armas toda la Democracia, aprovechando cuantos medios le ofrezcan la ley y esta contextura híbrida y contradictoria del Doctrinarismo que nos corroe, y que durará lo que dure la enemiga personal de los demócratas entre sí.

Ocasión propicia para ello es la presente; pues, merced al cambio de Gobierno, la Democracia ha adoptado casi por unanimidad una actitud de benevolencia al nuevo Ministerio que revela y consagra las aspiraciones á vivir dentro de la legalidad, torpemente cerrada ántes por la reacción, y á emprender su propaganda en el país. Con la benevolencia estamos, si quiera no la interpretemos por un hipócrita ministerialismo, ya que mantenemos y seguiremos manteniendo la integridad de nuestros principios y medios propios de Gobierno que nos separan hoy, lo mismo que ayer, de las regiones oficiales. Pero estimamos dicha benevolencia como condicional, pues ni queremos pedir, como vulgarmente se dice, la Luna á un Gobierno de hombres que hemos de suponer leales, ni desertaríamos nunca de nuestra bandera.

Y en este sentido hemos de pedir uno y otro día que el Gobierno declare, lo que de derecho nos corresponde, la legalidad de la Democracia como una fuerza política y social que debe ponderar y contrapesar, dentro de su límite, el movimiento general de las restantes fuerzas colectivas que predominan en la política española. Estamos hasta hoy, desde la última crisis, tolerados; ¿quién sabe si, ante el pensamiento oculto de algunos meticulosos, tolerados como un mal necesario! y debemos movernos todos los demócratas por ser reconocidos y declarados como legales, pues, según decía un hombre de sentido tan conservador como Goethe, «el derecho no debe ser tolerado, sino reconocido; el que tolera, insulta.»

Como no vamos á ganar plaza de hábiles, ni á dar consejos á quien no los necesita, omitimos consignar las razones, hasta de alta conveniencia, en que puede fundarse el Gobierno actual para dar, como debe, la batalla á la reacción, trabajando en las Cortes por el reconocimiento y declaración de la legalidad de la Democracia; pero salta desde luego á la vista que, si los moldes de la actual manera de ser de los poderes han tenido flexibilidad bastante para cobijar bajo su seno *lastres* que en su día le sirvan de serpiente en

roscada, justo, político y aun conveniente es que, cual legítimo contrapeso, venga la Democracia en condiciones de perfecta igualdad á luchar por sus ideales ante el palenque común, ante la opinión pública. A ella pretendemos servir y ante ella deponemos hoy y depondremos mañana nuestros actos y nuestra vida. Nos sometemos al juicio de la opinión sin apasionamientos momentáneos, pues fiamos en que, por cima de estos movimientos sucesivos de acción y reacción, el triunfo será nuestro en su día.

Si no lo es, persistiremos en nuestro camino; que, como la intención nos abona y el bien nos guía, siempre nos quedará, con nuestra derrota, el consuelo de haber servido, según nuestro leal entender y saber, á la patria y á la justicia, y con tales móviles jamás falta lo que más deben estimar los hombres honrados, la tranquilidad de la conciencia.

Madrid 16 de Mayo de 1881.—URBANO GONZÁLEZ SERRANO.—JOSE CANALEJAS Y MENDEZ.—J. MÁRTOS JIMENEZ.—ENRIQUE CALLEJA.—JOAQUÍN JUSTE.—LAUREANO CALDERÓN.—RICARDO BELTRAN RÓZPIDE.—MAXIMINO RUIZ DÍAZ.—JOSE J. HERRERO.—ENRIQUE SERRANO FATIGATI.—VICENTE COLORADO.

DON MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Por los gloriosos recuerdos que personifica y las felices esperanzas que alienta, es á un tiempo D. Manuel Ruiz Zorrilla mantenedor brioso de las venerandas tradiciones del antiguo partido progresista y paladin esforzado de los augustos ideales de la nueva comunión democrática.

Fué buen soldado entre progresistas y cifró en la democracia el progreso; será buen jefe de los demócratas é impulsará la democracia por sendas progresivas. Justo es, pues, que se asocien la gratitud y la esperanza para rendirle tributo, é igual respeto le consagren la generación política que de él se despidió, después de haber servido sin tibieza y con fe la buena causa, y la generación que por vez primera le saluda, ávida de ganar nuevas victorias y reverdecer antiguos lauros.

La fantasía popular, siempre fecunda, transforma los hombres en ídolos. Rara vez esta apoteosis, que la envidia de los vivos escatima á los muertos, se logra ántes de bajar al sepulcro. Ayer el centenario de Camoens, no há mucho el de Voltaire, mañana el de Calderón, otro día próximo el de Cervantes: cada cien años que pasan crecen cien codos aquellas sombras ilustres; cuanto más se alejan, mejor les perdonamos su grandeza.

Ninguna apoteosis, empero, obtiene el aplauso universal: siempre resuenan notas discordantes en el concierto de tantos himnos de gloria. El fanatismo religioso condena á Servet y de mal grado indulta á Colón; Zoilos literarios arrojan la escoria de su inteligencia á Cervantes y el cieno de su envidia á Lope: cuando ya no caben herejías que combatir ni malos vicios que imputar, una crítica histórica desalmada niega existencia al Cid y transforma al *Romancero* en rapsodias de otros cien héroes.

Y cuando tal acontece con los ministros de la belleza y los sacerdotes de la verdad, ¡qué mucho si las

personalidades políticas que el aura popular eleva, suben al pedestal de su gloria entre cantos de júbilo y explosiones de odio, entre aplausos entusiastas y enconados dictérios!

La pasión de partido, aguijoneada por la codicia ó el temor, busca blancos en qué morder, concupiscencias qué flagelar, partes vulnerables dónde herir. Cuando no crímenes políticos, debilidades privadas le sirven: si falta el delito, en el error se ceba.

Todas las malas artes han puesto en juego, á todos los medios bastardos han acudido los adversarios del Sr. Ruiz Zorrilla para minar el incommovible cimiento de su legítima popularidad. Y de todo ha triunfado. Son poderosos auxiliares la pureza de sus costumbres privadas y la probidad de su conducta política, que juzgaríamos agravio discutir, y que es poco comun imitar; pero estriba el prestigio del gran repúblico en que todos vemos simbolizada en su persona la Revolucion de Setiembre con sus grandezas y sus debilidades, con sus alientos y sus desmayos, con sus dudas y sus fanatismos, con sus resabios del régimen de ayer y sus intuiciones del régimen de mañana.

Serrano, abrumado bajo el peso de su grandeza jerárquica, siente enervada aquella iniciativa, siempre favorita de la fortuna; Topete echó anclas en otro puerto, despues de haber virado en redondo; Prim duerme en su dorado sepulcro un eterno sueño que velan el amor y el respeto de nuestro pueblo; Rivero agotó las fuerzas gigantescas de su poderoso organismo y de su inspiracion incomparable en tantas luchas y tantas agitaciones como accidentaron el más fecundo período de nuestra historia; Sagasta es el mediador plástico de dos agrupaciones codiciosas congregadas para el provecho, aunque cree ser el cerebro de dos partidos durables identificados por la idea. No hay, pues, hoy personalidad alguna que pueda disputar á Ruiz Zorrilla esta gloriosa representacion.

La Revolucion de Setiembre tiene abolengo nacional y propio: son ociosos escarceos de paternidad. Desde 1812 á 1868, la lucha entre la tiranía y la libertad es un poema de muchos y muy gloriosos, aunque lúgubres, cantos; que pueden agruparse en tres libros. El tercero y último se inicia con el bienio de 1854 á 1856: de allí al 68 se labran todos los elementos que riñen la batalla del Puente de Alcolea.

En todo este período, la tribuna de aquel Parlamento sobre el cual descendieron evocadas por la Libertad las cien lenguas de fuego de la elocuencia; las paredes caldeadas de la Tertulia Progresista, que fué el cenáculo de las nuevas ideas; las columnas de aquella *Iberia*, cuya triste condicion presente trae á la memoria los conmovedores lamentos de Jorge Manrique; las páginas del folleto clandestino, que más conmueven las agitadas pulsaciones del perseguido obrero que la evolucion pausada de la oculta máquina, sirvieron de teatro á sus empresas.

Su habilidad revolucionaria, ni fué entónces discutida ni es hoy disputada. Antes al contrario, se le motejó y se le censura atribuyéndole un natural aventurero, un temperamento anárquico, una intencion perturbadora, un pensamiento á toda autoridad rebelde, una ambicion populachera sin límites.

Estas acusaciones son calumniosas. Ruiz Zorrilla no es revolucionario por sistema, sino por conviccion: su tenacidad es hija de un solemne fallo de su conciencia. No ansia la revolucion: la acepta como una necesidad social. No es el único, ni el primero, que ha ejercitado el derecho de destruir la tiranía con

la espada, de reconquistar por la fuerza lo que se perdió violentamente y á traicion.

El país recuerda con gratitud las reformas del primer ministro de Fomento del Gobierno Provisional, y la gestion política y administrativa del segundo Gabinete del rey Amadeo, presidido por Zorrilla.

La ley de Obras públicas, que dió aliento á la iniciativa individual para los fines económicos; la ley de Enseñanza, que reivindicaba la libertad de la cátedra para los fines científicos; la ley derogatoria de las de sociedades de crédito, y la que declaró libre la fundacion de bolsas y bancos, merced á las cuales comenzó á desarrollarse el espíritu de asociacion; la ley de la secularizacion de la riqueza científica y literaria, que acrecentó el tesoro de la cultura pública con preciadas joyas, objeto de profanaciones inexcusables, son sabios preceptos que han de quedar incrustados en nuestro programa del porvenir, porque están indeleblemente escritos en nuestro balance del pasado.

Esta actividad, este espíritu reformista, acreditado desde el Ministerio de Fomento, eran prenda segura de sus aciertos en la direccion del Gobierno.

No registra la historia contemporánea período comparable á aquel, desgraciadamente breve, del primer Gabinete radical. Reinaron el órden más completo y la libertad más amplia: el crédito público en alza, la industria tranquila, el comercio creciente, aseguraban días prósperos para la patria. Una conspiracion de circunstancias imprevistas y un cúmulo de errores inexcusables, en que ninguna parte cupo al jefe del Gobierno, agostaron en flor aquellas esperanzas, presagiando todos no ménos que la ruina de la Monarquía popular y aún, los más previsores, el desenlace triste y funesto de la revolucion.

Si alguna vez pudo el desaliento ganar un ánimo tan entero é indómito, fué en aquel último período del reinado de D. Amadeo, cuando, inactivo en el Parlamento, retirado á Tablada, ó en combate diario desde el poder contra muchos enemigos leales y otros más encubiertos, llegó á temer primero y á contemplar más tarde la ruina de un trono que tan valiosamente contribuyó á levantar, pero cuya caída era impotente á contener.

En todas estas vicisitudes, ora desde la oposicion dinástica, bien desde el Gobierno, mostróse Ruiz Zorrilla sesudo y discreto conservador; no al modo de los que erigen lo arbitrario en sistema y la tiranía en principio, sino de los que afirman la autoridad con la justicia conciliando toda tradicion justificada con todo progreso legítimo.

Convencido de qué los pueblos, más que frases hermosas, esperan y ansían hechos fructuosos, el Sr. Ruiz Zorrilla desdeña la retórica gubernamental: hombre de hábitos sencillos, es poco amigo de aparatosas manifestaciones: tiene, en suma, un sentido práctico exquisito y un golpe de vista certero.

Si la moralidad administrativa forma ó nó parte de su sistema político, demuéstranlo su famoso discurso de los *puntos negros*, sus enérgicas medidas contra los concusionarios y aquella severa y contundente acusacion que en el opúsculo dirigido á *amigos y adversarios* formula, con sencillez rayana á la elocuencia, contra las primeras situaciones restauradoras. En este notable documento aparece de relieve la constancia con que rinde culto á los principios liberales y se muestra fresca y lozana la fantasia del entusiasta propagandista que en 1864 dictaba su fallo justo é inapelable sobre todas nuestras parcialidades políticas en

el notabilísimo folleto intitulado *Tres negaciones y una afirmación*.

Un sentimiento de hidalga susceptibilidad aleja á Ruiz Zorrilla de la vida pública en los últimos días de la Revolución; pero al sucumbir ésta por causas y medios que juzgará la historia, vuelve al puesto de honor, y tanto se alza cuanto otros se humillan; y mientras por todas partes surgen cismas, él predica concordias, y cuando muchos olvidan el pasado y venden el porvenir por dádivas presentes, él es de los que conservan inmaculadas su esperanza y su fe.

La Revolución de Setiembre es un cadáver ya sepulto: el barro deleznable de sus organismos políticos y administrativos, de sus instituciones y de sus leyes, pagó tributo á la muerte; pero sus ideas, que son eternas, su recuerdo, que es inextinguible, animan y enardecen todas las fuerzas vivas de la democracia.

En ella milita con autoridad no excedida ni casi igualada el insigne patricio á quien sus detractores motejan de veleidoso por haber dado al traste con sus antiguos amores monárquicos.

No es ésta ocasión propicia para discutir hasta qué punto son compatibles la democracia y el trono, ni hemos de aventurar juicios sobre sucesos en que intervinimos como actores, cada cual en su esfera y con sus medios, pero con sana intención y nobles miras todos.

Quizás el error magno de la Revolución fué querer levantar un trono hereditario sobre cimiento tan movido como el sufragio universal, que pide poderes amovibles y responsables! Tal vez aquel reinado hubiera sido el tránsito natural y pacífico de la Monarquía á la República! Quién sabe cuál fué el previsor y el prudente en aquella crisis sin ejemplo! Sea de todo ello lo que fuere, Ruiz Zorrilla ha debido seguir á la democracia, toda vez que la renuncia de D. Amadeo fué perpétua é irrevocablemente formulada y admitida. Predecir el error cuando todos le profesan y aceptar el peligro cuando pocos le comparten; dar á la Monarquía la fe del caballero hasta incurrir en la censura del pueblo, y poner al servicio de la patria la autoridad del ciudadano en aquellos momentos difíciles en que no ménos se arriesga que el honor y la vida, fué glorioso para Thiers y ha de serlo para Zorrilla; que acá, como allende el Pirineo, á despecho de la pasión y de la envidia, acaban la pública opinión por hacer justicia y las conciencias rectas por conquistar el lauro.

Obrando así, responde á su amor inextinguible á la libertad y á su culto entusiasta hácia el dogma de la soberanía nacional. Y dentro de la democracia tiene un gran deber patriótico que cumplir: ser lazo de unión, prenda de concordia que vigorice y fortalezca la cohesión del partido democrático-progresista.

En estas solemnes circunstancias, precursoras de otras más felices para nosotros; en esta fermentación de aspiraciones y tendencias que de continuo surgen en el seno de nuestras filas, es el centro de la democracia esperanza de orden, de libertad y de progreso, y á él han de concurrir varones insignes que no se han definido ni agrupado bajo bandera alguna, porque la derecha les repugna, la izquierda les asusta y el centro les parece caótico.

Pasaron aquellos primeros días en que el culto de la forma infiltraba por los secretos caminos del arte el espíritu de la idea. La democracia inicia ya su edad madura y pone término á aquel período espontáneo tan rico en inspiración y en fantasía como poco

reflexivo y práctico. El país mira al fondo de la gestión pública y, aunque mientras viva será la fantasía española entusiasta devota de la belleza, otras facultades del espíritu nacional y otras exigencias de intereses que forman el cuerpo del organismo patrio reclaman para el Gobierno sesudos estadistas y discretos administradores que, sin menoscabo de las libertades públicas, acrecienten la cultura y la riqueza de la patria.

Hay, pues, que definir y propagar; y si la definición cuenta filósofos ilustres, jurisconsultos eminentes, estadistas integérrimos, la acción y la propaganda han menester de una energía, de una popularidad, de una perseverancia como las suyas.

Que no le detengan desconfianzas ni recelos. Torne á la patria, hoy que las puertas se le abren y nuestro amor le reclama. Contribuya á perfeccionar la disciplina, á extender el núcleo, á definir la doctrina y á propagar la idea de este gran partido, y prestará servicio tan valioso á la libertad, que la biografía de su porvenir sea aún más bella que la de su pasado; aun cuando siempre pueden recordarse con legítimo orgullo veinticinco años de vida pública consagrados á la libertad.

Tal es el hombre ilustre cuyo retrato figura hoy al frente de nuestra REVISTA y que tan vivos afectos despierta por su noble y patriótica representación, causa determinante de su popularidad inmensa.

Es apóstol de la Revolución de Setiembre y testamento de su última voluntad.

Por ello nosotros, al trazar estas líneas en recuerdo suyo, creemos conmemorar algo que nos es propio, algo que enriquece el tesoro de nuestras tradiciones y nuestras esperanzas, el espíritu de la Revolución, que es inmortal y late y se fortalece en el seno de todas las pasajeras desdichas que nos afligen, aunque no nos desmuyan.

JOSÉ CANALEJAS Y MENDEZ.

ORÍGENES DE LA VIDA.

ÚLTIMO ASPECTO DEL PROBLEMA EXPERIMENTAL.

I.

La cuestión de los orígenes de la vida está resuelta para algunos de un modo indiscutible, y abandonada para otros. En el terreno de la experimentación principia apenas á dibujarse su planteamiento, por más que ha sido acometida con sobrado entusiasmo unas veces y en seguida olvidada: los medios de observación y análisis que poseemos, delicados en muchos respectos, son demasiado groseros para encontrar mediante su empleo la solución de un problema de tal trascendencia.

En mal hora para estos trabajos se les dió un alcance del que realmente carecen. Amigos de la heterogeneidad y adversarios, vieron en ellos un arma con que transformar los cimientos del orden moral y reducir el mundo á puro mecanismo; lucharon los unos sin tregua, los primeros para afirmar consecuencias importantes, antes de poseer pruebas sólidas; los segundos negando por sistema los mismos hechos que se presentaban ante su vista, sin que los espíritus desapasionados volvieran de su asombro al

tener noticia lo mismo del estado de tan extraña contienda, que de los términos en que se colocaban ambos adversarios.

Al pensar que el problema de la síntesis de la albúmina y de la información de nuevos individuos, por este ó el otro medio natural, arrastraba á las gentes á tan terribles pronósticos, no se era dueño de no volver asustado los ojos á los períodos de la historia en que, encendida la antorcha de la anatomía se pudo comprender que cada hombre transmitía las órdenes de su voluntad á los miembros, poniéndose en juego para ello nervios y músculos en estrecha dependencia unos con otros. Allí se esperaban leer al mismo tiempo los horribles trastornos que debió producir en la moralidad pública, en la santidad de las creencias y en la constitución y estructura social el descubrimiento de que nuestras extremidades no se movían, al desearlo nosotros, sin que se produjeran ántes otros hechos físicos, teniendo así que mudar de opiniones el que hubiera podido pensar que esto debía suceder por arte de encantamiento.

Examinando los otros recuerdos del pasado, todavía se deberían consultar con más temor de mayores cataclismos. Hay en él capítulos referentes al momento en que dejó de creerse que la Tierra era el centro del Universo; se supo luego que la electricidad de las nubes podía recogerse y ser manejada para nuestro provecho aquí en la Tierra; se averiguó también que el hombre pasa por una serie de transformaciones durante sus fases de embrión y de feto, no poseyendo por entonces ni la misma forma ni el mismo volumen, ni las mismas condiciones que luego posee; pero mientras esto cuenta la historia, contesta también á nuestros recelos mostrando que, después de establecido todo ello, el sentimiento religioso universal, la moral, el derecho y las sociedades humanas han seguido tranquilamente su curso, sin que el hombre se viera un día y otro envuelto en ruinas por culpa de los sabios.

Y es lo cierto que, cuanto más se examina la cuestión que ahora nos ocupa, tanto menos se comprende cómo pueden sacarse de ella argumentos ni en pro ni en contra de cosas que se refieran al orden metafísico. En toda generación de seres reconocemos siempre hechos y acciones naturales de las que jamás puede prescindirse para explicarla, y algo que aparece misterioso hoy y que aparecerá todavía oscuro mañana; algo que se refiere á las causas primeras, y que se presenta á nuestros ojos en esa región donde termina lo conocido para comenzar las tinieblas; algo que está más allá del campo de la investigación experimental. Lo primero es sólo lo que puede someterse al estudio de observación en este como en los demás problemas: en tal terreno es únicamente donde podemos movernos con libertad y sacar de su reconocimiento consecuencias legítimas.

No puede negarse sin sobra de optimismo que la vida encierra misterioso problema, tan inabordable en su fondo hoy como en siglos anteriores, bien que explicado de mil modos en su forma. Mas si se reflexiona que son conocidos los actos naturales é imprescindibles que dan origen á una nueva planta, un nuevo animal ó un nuevo hombre, se comprenderá que no es, en principio, sino muy realizable la empresa de descubrir los que han acompañado á la aparición del primer organismo sobre la Tierra.

El problema del origen de las especies terrenas, vuelto á sus verdaderos límites, no es ni puede ser otra cosa que una cuestión de ciencia natural. Planteado en estos términos no se responderá con su solución al *quién*, sino al *cómo* y *cuándo*; no se va á buscar con ella el fundamento de la existencia de las formas orgánicas aparecidas en un cierto momento de la historia de la Tierra, sino las condiciones atmosféricas, físicas, químicas y dinámicas en que se presentaron, y las fuerzas que se desarrollaron en el momento de su aparición. Bajo este supuesto es como vamos á exponer en el presente escrito el último aspecto que hasta hoy ha revestido el problema experimental.

II.

Aun hechas estas salvedades, todavía resulta mal planteada la cuestión. Prescindirémos en el presente artículo de lo impropio del nombre de *Generaciones espontáneas*, siempre insostenible, lo mismo por lo que vale en sí mismo, cuanto por la significación que se le pretende dar; dejaremos también para otros trabajos el indagar qué es la vida en la Naturaleza, y cómo puede concebirse la existencia de ésta, y pasaremos sólo á ocuparnos ahora del alcance que tienen los experimentos de *heterogenistas* y *panspermistas*, nombres que adoptan respectivamente las dos escuelas rivales en cuanto al modo de entender la forma en que ha podido aparecer la vida en este planeta.

Sostienen los segundos, como representantes de una larga serie de teorías, harto materializadas y reducidas á representaciones imaginativas, que toda vida de ser natural que pueda manifestarse aquí existe hoy ya en corpúsculos dotados de cuerpo físico, en *gérmenes* que flotan en la atmósfera, llenan las regiones del aire, son llevados de uno á otro espacio del Universo y caen en un momento dado en las infusiones de líquidos sometidos al experimento, engendrando allí, por su ulterior desarrollo, las miríadas de infusorios que aparecen en aquéllos y, en general, en toda sustancia donde comienza la putrefacción.

Aseguran los primeros que las fuerzas naturales pueden hacer brotar del fondo de tales vehículos materia viva y animada que regenera en mil existencias la pérdida del cadáver donde se la observa ó animar los líquidos inertes, congregando alrededor de un centro dinámico las partículas de éstos para ordenarlas en una forma natural sometida á cambio y evolución.

En las entrañas de esta doctrina se alimentan dos afirmaciones distintas que responden á otros tantos modos de entender la Naturaleza. Hay quien juzga esto expresión de que las fuerzas químicas y físicas, cual si fueran entidades de por sí, se asocian en una obra común dando por resultado un organismo. Creen otros, con más cuerdo sentido, que la Naturaleza entera, llena de energía y actividad siempre, y bajo el gobierno de un superior fundamento, responde en toda ocasión al conjunto de un cierto número de condiciones que ella misma determina, ó que pone el hombre como ser también natural, desde el momento en que para aquel trabajo ha descubierto sus secretos.

Dentro del campo de la experimentación que constituye hoy el principal objeto de nuestro estudio, la teoría principal de los métodos de investigar á que acuden unos y otros puede resumirse en muy pocas palabras. Toman los segundos todo género de precauciones para poder afirmar que los líquidos que encierran en frascos de cristal, se

han hallado en condiciones donde todo germen ha debido morir, y han estado puestos luego completamente á cubierto de la atmósfera y del mundo exterior; y cuando, al cabo de cierto tiempo de cerrados los recipientes en estas condiciones, encuentran bacterios, mónadas y otros infusorios, sacan en consecuencia que la vida puede brotar de la masa de los flúidos empleados por propia virtud de las fuerzas dinámicas ó del Universo. Para esto calientan los líquidos á elevadísimas temperaturas (á veces á más de 156°), temperaturas muy superiores á la de coagulación del principal elemento orgánico, la albúmina, y cierran al soplete el cristal. Sostienen los primeros que se han descubierto gérmenes de protistas y de otros seres inferiores que resisten vivos á estas temperaturas; afirman que el cierre de los frascos está hecho en malas condiciones; decían, en épocas de menor conocimiento científico y mayor incultura, que quizás el cristal sería permeable á los gérmenes, y reproducen experimentos que les dan resultados negativos; unas veces con la mala fe y falta de seriedad que el mismo Pasteur confesó en una ocasión, que tenían los suyos; otras de la manera respetable, aún para los mismos adversarios, que lo ha ejecutado Tyndall, cuyo espíritu libre de prejuicios y lleno de seriedad científica obliga á estudiar del mismo modo su trabajo.

Al punto á que unos y otros han llevado sus indagaciones y dada la relativa imperfección de los medios para resolver problema tan delicado, puede decirse que dentro del campo de las investigaciones experimentales la cuestión permanece aún sin resolver y quizás permanezca mucho tiempo así reproduciéndose una y otra vez en condiciones parecidas á cada descubrimiento de un nuevo hecho natural que se relacione con ella. Las sucesivas campañas limitan, no obstante, el campo de inseguridad en diferentes direcciones, y así se consigue, por ejemplo, saber como hoy se sabe, después de los trabajos de Quinke, que el cristal no puede ser permeable ni aún para el hidrógeno, materia la más sutil de entre las hoy conocidas; que los gérmenes de los seres inferiores han de resistir enormes temperaturas, contra las que distan mucho de podernos defender á nosotros los medios poderosos de civilización de que disponemos, si es que no ha de admitirse que aquellos seres brotan en el seno del líquido.

En favor de las negaciones de los panspermistas respecto de los resultados expuestos por sus contrarios militan los trabajos de Tyndall con las cajas guarnecidas interiormente por la glicerina y su vacío óptico; trabajo de la delicadeza é ingeniosidad que revelan los de su autor, y cuya importancia es imposible negar ni aún á los más apasionados adversarios. Nadie que aspire á ser hombre serio y no á pasar por siervo de una pasión, podrá dejar de tener muy en cuenta los esfuerzos y experimentos del sabio inglés: así lo reconocen los eminentes Maggi y Cantoni, que han continuado después nuevos trabajos sobre la heterogenia y archebiósis.

Conviene tener en cuenta los términos y las posiciones en que se colocan ambos contendientes. Los heterogenistas hacen un trabajo positivo; tratan de sorprender el secreto del nacimiento de los primeros seres y multiplican sus investigaciones: los panspermistas niegan la autoridad á uno y otro trabajo reproduciéndolos en estas ó aquellas con-

diciones y procurando hacer ver que no se alcanzan los resultados que aseguran los contrarios.

En términos generales puede decirse que, cualesquiera que sean los resultados de la lucha, la ciencia deberá mucho más á aquellos que á éstos, porque su espíritu indagador ha sacudido la pereza que reinaba en estas esferas del conocimiento y ha proporcionado datos curiosísimos; pero sólo decimos *en general*, porque, una vez reconocido en ellos el mérito de la iniciativa, hay que reconocer también que los otros han contribuido desde su campo al adelanto de la ciencia con mil problemas resueltos de un modo positivo que se relacionaban con el problema objeto de la discusión. El sencillo, pero precioso descubrimiento, del vacío óptico por Tyndall tiene por sí mismo una importancia de primer orden.

Si los heterogenistas pudieran realizar un experimento, *un solo experimento* á cubierto de toda objeción seria, la controversia quedaría terminada, porque la aparición de los seres en aquellas condiciones demostraría que *era posible engendrarlos*; en tanto que los experimentos de los panspermistas probarán siempre que *hasta entonces* no se han reproducido las condiciones de vida y que esta reproducción es más ó menos probable, pero nada más. Los heterogenistas se mueven por lo tanto en un terreno que á primera vista, por lo ménos, parece más seguro, pero desgraciadamente hasta hoy no se ha ejecutado todavía el experimento indiscutible.

(Se concluirá.)

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

LOS DOS GENIOS.

(SUEÑO FANTÁSTICO, IMITACION DE HOFFMANN.)

Con bastante frecuencia hemos oído relatar en nuestra infancia que á las horas más altas de la noche, cuando nos hallamos poseídos de un profundo sueño, los muertos abandonan sus tumbas, se envuelven en su blanco sudario, y silenciosos y taciturnos dirígense, formando un cortejo fúnebre, hacia cualquier cercano templo. De aquí que la iglesia ó el cementerio hayan siempre ejercido en nuestra juvenil fantasía cierto pavor irresistible del que sólo ha podido librarnos la práctica rutinaria de la vida.

Estos sueños, sin embargo, por más que nos parezcan sombríos; ese pavor, por más que le consideremos pusilánime; tal ignorancia, en fin, aunque ella sea hija de nuestros pocos años, suponen momentos á veces ménos amargos y casi siempre más agradables que los de nuestra existencia actual. Esos sueños traen á nuestra memoria una edad en la que, parecida á un claro arroyuelo, todavía en él se reflejan los matices del celeste.

La visión ó engendro fantástico que voy á referir, no podría yo darme exacta cuenta en la actualidad de si la había sentido ó soñado; sus caprichosos personajes han paseado por mi imaginación, el lugar del suceso casi me atrevería á trasladarlo al lienzo, el profundo sentido del relato ha tomado carta de naturaleza en mi espíritu. A duras penas sí he llegado á recordar un ligerísimo detalle. Cuando pude darme cuenta de todo aquel misterioso conjunto, mi frente oprimía sobre mi mesa de estudio un libro de Richter,

abierto por una de las páginas que tenía este epígrafe: *El Ateo*.

Soné, pues, ya que por alucinación de mi fantasía he de seguir tomando esta quimera, que mis ojos se abrieron como espantados en uno de esos tristes recintos en que, como dice Schiller, sembramos las semillas más preciadas de nuestra alma con la esperanza de verlas fructificar más tarde en una vida mejor. La noche había cerrado su manto y sólo algunos rayos de luna, rompiendo el celaje que por intervalos la ocultaban, me permitían observar aquel vasto campo plantado de cruces y cipreses. La mayor parte de las fosas permanecían entreabiertas, y por sus aberturas algunos cadáveres asomaban sus desvencijados cráneos. Las puertas del osario, agitadas por una mano invisible, se abrían y cerraban incesantemente, produciendo un horroroso estrépito. Mil sombras no proyectadas por cuerpo alguno cruzaban silenciosas junto á los muros, otras vagaban sin concierto por los aires; sólo los niños reposaban tranquilos en sus tumbas. En el cielo se dibujaba una nube densa, oscura é informe que un gigantesco fantasma se entretenía en arrollar formándola infinitos pliegues.

Lleno de profundo miedo busqué casi por instinto y con vacilantes pasos la vecina iglesia de aquella mansion sombría, y creyéndome más seguro, me así fuertemente de uno de sus altares.

Inútil empresa: las pertinaces sombras, salvando conmigo los umbrales del santuario, precipitáronse con estruendo en medio de su recinto. Nuevas tumbas y nuevos cadáveres presentáronse de improviso ante mi conturbada vista; sobre el semblante ya carcomido de algunos vagaba cierta ligera sonrisa, pudiendo hasta creerse que el soplo no extinguido de la vida se cernía animado sobre sus pechos.

Una de estas últimas apariciones, al sentir la aproximación de un sér viviente, abrió, como si hubiese despertado, sus entumidos párpados; con indecible trabajo logró sacar las rodillas de la apolillada caja que le guardaba por tanto tiempo; levantó al fin sus descarnadas manos y las juntó para orar; sus brazos á poco se prolongaron y se dejó caer sollozante produciendo un lúgubre sonido sobre las losas del pavimento. En la clave superior de uno de los arcos mostrábase una gran esfera de reloj; ni un solo signo se dibujaba en ella; sólo un largo punzon de acero no cesaba de dar vueltas á su alrededor. En vano los muertos se esforzaban por leer allí el tiempo. Era el cuadrante de la eternidad.

Una hora habría ya transcurrido desde que estas visiones habían empezado á turbar mi espíritu, y doce acompasados golpes, lentos y monótonos, se repercutieron en multiplicados ecos. En aquel instante una grave figura, de frente espaciosa y llena de profundas arrugas, de mirada indagadora y sombría, rompió uno de aquellos muros y, abriéndose paso entre las mismas ruinas que su pesada planta había producido, vino á colocarse en uno de los altares más elevados que contenía el reducido templo. Sobre su cabeza, sirviéndole de aureola, podía leerse esta inscripción: *Genio de la Duda*.

Un clamoreo infernal prodújose entre las aterradas sombras, las cuales se precipitaron á los piés del recién llegado; sus frios huesos rechinaron con más violencia, y abiertas sus bocas, tal vez para lanzar una maldición, le interrogaron todas á un tiempo:

—Y bien, poderoso hijo de la Sabiduría, ¿existe ó no existe Dios?

—Yo he recorrido todos los mundos posibles,—dijo entónces el aparecido;—he visitado las más apartadas regiones, y en ninguna parte, á pesar de mi actividad continua, he podido hallar á ese Sér Supremo por quien me preguntais.

Las sombras se estremecieron convulsamente y un temblor horroroso ocupó todos sus cuerpos.

El genio continuó: Auxiliado del telescopio, me he remontado á mayor altura que las mismas estrellas que pueblan el firmamento y que la del mismo sol que abrasa nuestras sienes; perdido en ese océano nebuloso donde otros diferentes mundos gozan de una vida superior á la nuestra, he preguntado á todas estas infinitas creaciones por su Hacedor, le he llamado con la voz del despecho y de la duda, y un silencio sepulcral ha sucedido á mis imprecaciones; la Naturaleza entera no ha podido darme cuenta de su Dios.

De nuevo las sombras empezaron á temblar, y con fusos alaridos dejaron escapar con enronquecido acento; mas la voz del genio volvió á dejarse oír y la atención que á ella prestaron llegó á ensordecir en parte la expresión de sus dolores.

—¡Lejos de vosotros—exclamó—la idea más remota de consuelo! redoblad vuestro amargo llanto, sumíos para siempre en la procelosa duda que, mientras disfrutásteis de vida, embargó todo el poder de vuestra inteligencia.

Una vez oídas estas frases, las sombras enfurecidas hunden su frente, golpeándola ántes contra las columnas del templo, bajo el polvo de las ruinas que el genio hiciera á su entrada; de cada ángulo de aquel recinto parece salir una maldición, y los gritos de desesperación se unen al clamor de los gemidos y al ronco hervidero de mil disonantes voces. El misterioso reloj produjo un golpe agudo y seco. Era la una de la madrugada. Los cadáveres que hasta entónces habían permanecido tranquilos en el fondo de sus fosas, y en los cuales, y tal vez engañado, creí hallar un resto de vida, en unión de los niños que dormían en brazos de la muerte como otras veces lo hicieran en el regazo de sus madres, se levantaron casi á un mismo tiempo y, como si esperasen una señal convenida, fueron á reunirse todos en el atrio de la puerta de aquel sagrado lugar.

Una segunda figura, de mirada más penetrante y aspecto más encantador que la primera, holló el pavimento de la iglesia. Su presencia fué tan repentina, que las sombras amigas del Genio de la Duda no se apercibieron de su entrada. Una luz vivísima la rodeaba por todas partes, de tal modo que aún los espectros que se habían levantado de su fosa para esperarle temían abrir demasiado sus amoratadas órbitas, no fuera que aquel excesivo fulgor les quemara sus recobradas pupilas. En su frente se adivinaba la dignidad de la sabiduría; sus manos vacías de todo objeto descansaban al lado de su impalpable cuerpo, y en la parte superior de la cabeza, ceñida de celeste aureola, leíase esta palabra: *Genio de la Razon*.

—Hijos queridos del espíritu,—comenzó á decir el nuevo aparecido,—vuestro silencio me da á entender que ningún funesto presagio ha turbado por leves momentos vuestra tranquilidad, y que, confiados en mi promesa, me habeis esperado con resignación. Inducido por una sed ardiente de sabiduría, he medido la distancia de las estrellas, la magnitud del sol y hasta la fuerza proyectiva de sus destellos; pero el telescopio de que me he servido se ha negado á

avanzar en mis investigaciones, y otros nuevos planetas, mundos desconocidos de nuestros seres vivientes, han quedado ignorados por mí. He analizado minuciosamente hasta el más diminuto átomo; he fundido con el soplete casi todos los metales; he esclavizado aun los elementos más simples, encerrándoles y comprimiéndoles en una frágil redoma; y consiguiendo luego dar un nombre general á cada ser he hecho un verdadero museo de todos los reinos de la Naturaleza... mas, vano esfuerzo, para llegar al fin, ó inducir por ello el principio de la sabiduría; si mucho estaba analizado, mucho más quedaba por analizar; si una experiencia atestiguaba un hecho, otra nueva experiencia llevada á cabo al siguiente día contradecía la anterior; era un abismo sin fondo el que pretendía salvar, y en el cual sólo había puesto mi primer paso.

Hubo un momento de silencio sepulcral. El Genio de la Duda, con sus numerosos partidarios, prestaban casi involuntariamente una firme atención á las palabras de aquel ser inspirado.

Este prosiguió: La experiencia tuvo fin donde la observación encontró límites; pero una facultad de mi espíritu, una divina fuerza, por la que siempre me he reconocido superior á todo lo creado, y á la que todos llamais *Razon*, me ha elevado hasta los conceptos más abstractos del entendimiento, haciéndome descansar en el seno mismo de Dios.

Un ruido infernal por parte de las sombras que ántes vagaban por aquel antro de tinieblas sucedió á estas palabras; las que momentos anteriores salieron de sus tumbas permanecieron inmóviles, y la Duda vaciló sobre su pedestal.

La *Razon* prosiguió: Sí, afortunados creyentes; para buscar el Ser Supremo no me he servido de mis ojos; he contemplado la Naturaleza, y al interrogarle por su Creador me ha contestado que era éste un Ser superior á todos los seres, causa libre y necesaria de todo lo existente, principio y fin donde se reasumen todas las esencias posibles. He estudiado luego con reflexión profunda el gran libro que todos poseemos, el libro de la conciencia, y en él he visto, con caracteres indelebles, cerciorada esta gran verdad. Si en la oscura noche, yo, genio errante, me he encontrado alguna vez vagando por la apartada selva, allí, en medio de la soledad he sentido la presencia de Dios que me ha llenado de consuelo, y sus dulces palabras han acariciado suavemente mis oídos. Las inmortales hojas del libro de que os hablo me han estado constantemente abiertas, lo mismo en los grandes éxtasis, donde el espíritu se siente sumergido en un océano de fantástica idealidad, que en las tristes atribulaciones del alma, en cuyo caso ésta hace de sí misma una lóbrega morada para devorar allí, á solas, sus quebrantos.

Estas fueron las últimas frases de la *Razon*; sus fieles oyentes prosternáronse ante él con santo recogimiento.

Las otras sombras, por largo tiempo apiñadas en uno de los ángulos, fueron á reunirse con las que aún conservaban sus manos devotamente entrelazadas.

De repente una luz vivísima inundó aquel fúnebre recinto, y una mano invisible trazó con blancos caracteres la palabra *Razon* en el cuadrante de la eternidad, que aún conservaba inmóvil su punzon. Las sombras entónces, como impelidas por un sacudimiento extraño, se precipitaron furiosas hácia el altar que ántes ocupara la Duda para destruirla con

implacable saña; después corrieron presurosas hácia el lado del genio que les había hecho sentir la verdad é iluminar todo el recuerdo de sus pasados días con la idea de Dios.

El genio benéfico, convertido en arcángel, las cobijó bajo sus alas, y, juntos todos, se abrieron paso por la bóveda anchurosa del templo.

Momentos después, éste con sus altares, y el cementerio con sus tumbas, se abismaron en horroroso estrépito

El espanto se apoderó nuevamente de mí y desperté. Abri mis entumidos ojos y tendí la vista á cuanto me rodeaba.

El libro de Richter, como ántes dije, se hallaba humedecido del sudor de mi frente. Una de sus hojas había sido arrancada por mis manos, y ya un nuevo sol, rasgando imprudente las tinieblas de mi habitación, bañaba dulcemente mi rostro con sus primeros rayos.

J. MÁRTOS JIMENEZ.

LOS DIOSES Y LOS HOMBRES.

SONETO.

Del circo en la ancha arena, por impío
A los dioses de Roma, el tigre hircano
Despedaza las carnes del cristiano
Entre aplausos y alegre vocerío.
Inspirado en el propio desvarío
Del César, el Pontífice romano
Abrasa las entrañas del pagano
En nombre de otro Dios tres veces pío.
Así vive, así lucha y así impera
El fanatismo en su impotencia vana,
Ya por medio del fuego ó de la fiera.
¡Roma de Cristo, de Neron hermana,
Hambriento tigre ó insaciable hoguera,
No triunfaréis de la razón humana!

VICENTE COLORADO.

DE LA NECESIDAD DE FOMENTAR EN ESPAÑA LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Entendemos que todavía no se ha escrito la gran epopeya nacional, que á eso equivaldría la Historia general de España. Los libros de este género con que cuenta nuestra literatura, á más de hallarse plagados de leyendas condenadas ya en su mayor parte por la crítica, contienen multitud de groseros errores, y no ofrecen en su conjunto ni la necesaria unidad, ni la riqueza y variedad de los detalles, dada la multitud de elementos que forzosamente deben entrar en su plan.

La Historia general de España más moderna y más difundida es una obra confeccionada con tal precipitación, que su mismo autor se vanagloriaba de haber escrito cada tomo en tres meses, sin la colaboración necesaria de especialidades que le aligeraran la tarea. De esta suerte no nos ha causado maravilla reconocer en ese libro reproducidos los mismos errores genealógicos y cronológicos que ántes de leerlo habíamos nosotros notado en las fuentes á que su autor recurrió, y á cuya autoridad se atuvo muchas

veces sin discernimiento alguno. Estimable en cuanto al propósito patriótico de demostrar á los extranjeros que somos capaces de escribir nuestra propia historia, no lo es tanto bajo el punto de vista del arte y de la filosofía, cuyas exigencias no satisfizo el historiador á que aludimos, lo cual tenía que suceder necesariamente, pues es público y notorio que no poseía los conocimientos étnicos, ennográficos y etnológicos para llevar á cabo la temerosa empresa de escribir una historia general.

Gracias á haber aparecido en su tiempo los libros de Bozy, hizo el Sr. Lafuente el señalado servicio de demostrar que la historia de España no es sólo la historia de Castilla, ni debe subordinarse á la del pueblo que, á causa de su posición geográfica en relación á la Península Ibérica, alcanzó la hegemonía entre los que concurrieron á la reconquista, señalando de esta manera el derrotero que habían de seguir los que se sintieran llamados á perfeccionar su obra.

En la edad que la rutina ha dado en llamar antigua, pasaron por esta hermosa tierra las más nobles razas de los pueblos conquistadores, y nuestros aborígenes jugaron un papel muy importante en la mayor parte de los grandes acontecimientos que desataron el nudo de aquellos tiempos, cuyo génesis se remonta á la prehistoria, siendo, á nuestro entender, los celtíberos, pueblo surgido de la fusión de anteriores emigraciones, quienes principalmente dieron fisonomía propia á nuestra nacionalidad, pues que sus caracteres distintivos y peculiares se descubren siempre á través del mundo greco-romano y la dominación de los bárbaros.

Cuatro actores principales figuraron en primera línea en el gran cuadro de la Edad Média; los pueblos musulmanes y las tres dinastías cristianas de que fué glorioso progenitor el primero de los caudillos, en cuya generosa ambición como rey del Pirineo penetró, aunque tímidamente, la luminosa idea de la unidad nacional, eclipsada á su muerte, pero renaciente á intervalos, como los astros de gran excentricidad, hasta que llega á fijarse en el cielo de nuestros destinos para no perder jamás su brillo. Aparte de las diferencias esenciales entre los pueblos que durante esa edad de la historia se disputan el suelo de la patria, las tres dinastías cristianas y los pueblos que acaudillan influyen de diferente modo y en distinta medida en el progreso y en la vida nacional, siendo dignas de la mayor atención las instituciones que brotan del choque de las armas y de la lucha entre la nobleza y la Corona y entre los comunes y el feudalismo.

Y en la edad moderna, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo y las aportaciones de las casas de Aragon y de Austria, y sin contar lo que nos es más conocido por sernos más contingente y próximo, obligan al historiador á estudiar con detenimiento los orígenes de otros pueblos, multitud de instituciones exóticas, y las leyes á que obedecen, según la luz que nos suministra la filosofía, las evoluciones y el progreso de la humanidad.

Comprendese que, debiendo integrarse en la historia patria tan distintos factores, el edificio no puede construirse sin que ántes se aumente considerablemente el caudal de bien acabadas monografías, que sean lo que las piedras primorosamente labradas y los materiales ordenadamente dispuestos para una obra de inmensas proporciones y por consiguiente de un vasto plan.

En general, nuestros eruditos son poco aficionados á unos estudios que requieren gran serenidad de juicio, mucha copia de datos y prolijas y minuciosas investigaciones. Los fáciles triunfos obtenidos con los trabajos de pura imaginación son de más inmediatos y positivos resultados; y por otra parte, el vulgo se deslumbra fácilmente y da patentes de sabios á los que le trasmiten en forma de artículos curiosos resúmenes del contenido en las revistas del movimiento científico en el extranjero. Unos y otros prestan seguramente un señalado servicio á las letras y á la difusión de la ciencia, y no seremos nosotros quienes contrariemos, sino, por lo contrario, quienes con más fe favorezcan la tendencia á popularizar toda clase de conocimientos; pero bueno es hacer notar que, entre la multitud de trabajos que aparecen, son en muy escaso número los del género histórico, cuando tan ancho campo presentan la historia antigua, y muy principalmente la de la Edad Média, para esta clase de brillantes lucubraciones.

No es, ciertamente, suya toda la culpa. Para afrontar estos estudios con acierto y gloria, se hace preciso ante todo poseer las principales lenguas orientales, y es sabido cuán escasa importancia se da en nuestro país á la filología y la lingüística, y cuánto escasean entre nosotros los orientalistas, los únicos que podrían allanar el camino traduciendo á la lengua vulgar los monumentos literarios coleccionados en nuestros archivos y las más selectas colecciones de libros incunables.

No es otro nuestro propósito, al trazar estos ligeros apuntes, sino justificar, como podría hacerse en el prólogo de una obra, la preferencia que por nuestra parte daremos en la REVISTA ILUSTRADA á la publicación de monografías y de trabajos especiales sobre puntos oscuros de la historia patria, contribuyendo en la medida de nuestras fuerzas, y en gracia de la variedad que debe advertirse en una publicación de esta índole, á aumentar el caudal á que ántes hacíamos referencia; y dichosos de nosotros si alcanzamos con nuestras propias y modestísimas lucubraciones, y las de nuestros colaboradores, aumentar el interés de la lectura y prestar algún pequeño servicio á la historia patria.

JOAQUIN JUSTE.

ESTADO DE LA NOVELA EN ESPAÑA.

I.

De todas las épocas de nuestra literatura, aún incluyendo aquella en que Cervantes legó á nuestra patria las aventuras del ingenioso hidalgo, es sin duda en la época que atravesamos en la que ha logrado la novela mayor grado de perfección y un estado de mayor florecimiento.

Los cambios literarios se extienden con tanta rapidez como las transformaciones políticas. Hijos siempre de una necesidad social, de una aspiración del espíritu colectivo, se imponen al artista mismo por las exigencias de la opinión.

La novela, que en un principio había sido en España muestrario confuso y abigarrado de granujas y buscavidas, que había afectado en Francia groseras formas de caricatura dislocada, que en Inglaterra había aparecido tiesa,

grave, rígida y encopetada, como cumplía al carácter de aquella sociedad formularista y apegada á su viejo tradicionalismo, era deficiente é incompleta para satisfacer las exigencias de los actuales momentos y cambió totalmente su medida de ser al aparecer inteligencias bastante potentes para transformar los moldes antiguos y purgarlos del pasado convencionalismo.

Walter Scott y Dickens en el Reino Unido; Balzac, Théophile Gautier, Dumas, Victor Hugo y más modernamente Zola y su escuela en Francia; en Italia Manzoni; Goethe en Alemania, é Ivan Tourgueneff, Lermoutof, Nicolas Gogo y Pouskine en Rusia, fueron los principales realizadores de tan importante empresa.

No podía España permanecer insensible á este movimiento general de la literatura europea, y también la época actual ha sido para la novela española época de progreso y de mejoramiento.

De las condiciones en que este progreso se ha realizado, de el límite hasta donde este mejoramiento ha llegado, de los hombres, en fin, que en él han tomado parte vamos á ocuparnos, dentro del molde de nuestras creencias y según la medida de nuestras fuerzas.

II.

De álguien hemos de ocuparnos primero; y como creemos firmemente con Heine, que querer medir el mérito de los autores sólo puede caber en el espíritu migroso que pretenda pesar el genio en la balanza destinada al queso, nos ocuparemos de los novelistas españoles conforme vayan apareciendo sus nombres en nuestra memoria, y sin atender á clasificaciones que no pueden formarse dentro de la complejidad de elementos que existen en sus distintas obras.

Hecha esta protesta que la lealtad nos arranca y que la conciencia nos impone, el primer nombre que solicita nuestra atención es el de D. Juan Valera.

Es Valera hablista consumado; es su palabra fácil, concisa y pura; y lo mismo que en los pálidos semblantes que, medio cubiertos por el ramaje, aparecen en los bajo-relieves de Egina, el mármol ondula ante el cincel para copiar el pensamiento del artista, así la palabra de Valera se ciñe, flexible y vigorosa á un tiempo mismo, para copiar la idea del autor. Es el ropaje de sus ideas suelto y holgado, y la idea salta desde las páginas de sus libros al cerebro de sus lectores, sin esfuerzo y sin violencia, en lugar de quedar, como con frecuencia hoy ocurre, sujeta al blanco papel por el peso de las galas que sobre ella amontonara el escritor, si ya no muere asfixiada por este mismo ropaje, que fué para ella sudario y no casto velo de desposada que le sirviera en sus nupcias fecundas con el pensamiento del lector. La palabra de Valera es como la copa de cristal transparente que contiene el líquido claro y que deja contemplarle sin añadirle un solo miraje ilusorio, ni quitarle con su opacidad un solo reflejo.

La forma del autor de *Doña Luz* y de *Parsondes* es modelo eterno de belleza y monumento indestruible de nuestra literatura.

Todos los autores tienen su obra maestra, y la de Valera no sólo es maestra con relación á lo que ántes ó después de ella ha producido su autor, sino sosteniendo el parangón con los frutos más valiosos de la literatura contemporánea. Nos referimos á *Pepita Jiménez*: pocas veces una

pasión tan humana y unos caracteres tan divinamente dibujados se encuentran en los modelos artísticos; pocas una idea tan sencilla y tan cierta ha encontrado una forma tan sobria, tan poética, tan apasionada como en la obra de que tratamos. Obra maestra la hemos reconocido y obra maestra volvemos á reconocerla. Pero ¿es *Pepita Jiménez* una novela? En nuestro concepto, sí. ¿Para qué más personajes, para qué nuevos incidentes, si otros incidentes y nuevos personajes sólo hubieran logrado embarazar con incidentes fútiles la acción que de un modo tan sencillo y natural se desenvuelve?

La tacha de exceso de subjetivismo que algunos arrojan sobre esta obra, lejos de disminuir su mérito ante nuestros ojos, lo aumenta; estudio esencialmente subjetivo es el *Werther* y es una de las primeras obras de este siglo.

Es además tan humana la producción del Sr. Valera, que todo aquel que la lee descubre situaciones, momentos, estados del ánimo en que su existencia real está identificada con la existencia ficticia del héroe.

Lucha eterna de la idealidad y de la prosa de la vida, D. Luis ha soñado que es un santo, como otros muchos sueñan que son héroes y no pocos que son genios. La piedra de toque del amor denuncia la debilidad de sus convicciones: al enamorarse, sucumbe; al sucumbir, se casa: ha sido vencido.

Nada más sencillo y nada más bello. La misma sencillez de la acción añade encantos á su desenvolvimiento.

Pero lo que en *Pepita Jiménez* implica grata novedad y constituye uno de sus méritos principales, no deja de ser un defecto capitalísimo en el resto de las obras de Valera. *Pepita* es una mujer que más bien parece movida por la discreta lógica del cálculo que por el ardor inconsciente de las pasiones, y desgraciadamente las demás mujeres de sus novelas piensan y sienten y obran como *Pepita*. Están cortadas con igual tijera. Más parecen educadas en la Sorbona que en esa región andaluza donde el Sr. Valera coloca la acción de sus creaciones.

Creemos, además, que las abundantes digresiones de Valera, ántes son partes á hacer decaer la acción que á aumentar el interés, y estamos persuadidos que esas profesiones de fe y declaraciones de intención con que adorna sus escritos son innecesarias; porque, una de dos, ó la novela tiene verdadera trascendencia y objeto preconcebido, en cuyo caso el lector lo adivinará sin necesidad de que se le robe este grato placer de adivinarlo, ó no lo tiene, en cuyo caso de nada le servirá la elegante y bien pensada nota donde las intenciones de este fondo se indiquen. No embarace el Sr. Valera con sus citas, siempre eruditas, pero muchas veces prolijas é inmotivadas, el curso de la acción y el proceso de las pasiones, que acaso esto haga el que sea dicha acción larga, perezosa y pesada en *El Doctor Faustino*, metafísica y sutil en *Pasarse de listo*, rara y confusa en *El Comendador Mendoza* y pobre, y pobre de solemnidad, en *Doña Luz*.

III.

Estilista tan consumado como Valera, pero de dicción más flexible y más acomodaticia á los diversos momentos de la acción; escritor correctísimo y concienzudo, que en la soledad de su estudio sazona los frutos de una observación perspicaz y rapidísima, es Alarcon una de las figuras más importantes del renacimiento de nuestra novela.

Pocas son las novelas del antiguo estudiante de Guadix, ni son sus novelas las producciones que le hacen acreedor á lugar preferentísimo entre los escritores contemporáneos. A *El Escándalo* y á *El Niño de la Bola* son, en nuestro concepto, preferibles aquellos artículos breves, chispeantes, donde el elegante *savoir faire* y la magia de su castiza dición casi quedaban oscurecidos por los torrentes de sentimiento que se desbordaban de su corazón en raudal impetuoso; aquellos artículos que se llaman *La Nochebuena del Poeta*, *Los seis velos*, *Las ferias de Madrid* y tantos otros que bastarían por ellos solos á formar la reputación de un escritor y á hacerle digno de figurar entre los mejores.

Pero no debemos olvidar que, al ocuparnos de Alarcon en este momento, no tratamos de juzgar en él al redactor de *El látigo*, sino al autor de *El Escándalo*; y no son idénticos los juicios que bajo estos dos puntos de vista nos merece.

Su primer novela, *El final de Norma*, es una narración fantástica, y caprichosa á veces, en que sobresale el aún entonces joven genio poético del autor de *Cosas que fueron*, y en que una imaginación lozana tiende sus vuelos atrevidos hacia ideales totalmente diversos de los que después habían de solicitar su actividad.

No diremos nosotros que *El final de Norma* es una novela, pero sí que agrada y distrae, aunque carece de los puntos de vista que la novela debe contener.

En cuanto á *El sombrero de tres picos*, tampoco nos detendremos á considerarlo, porque es solamente, en nuestro concepto, un cuento lleno de color local, verdad de descripción, sabor de época y todo lo que, en fin, puede á un cuento exigirse para que sea una obra acabada en su género.

Pero Alarcon produjo un *Escándalo*; un escándalo que, así como otros muchos abren á sus autores las puertas de la Prevención, abrió á su autor las puertas de la Academia, y de este Escándalo vamos á ocuparnos.

Lisonjeada por una crítica tan favorable como unánime, fué saludada al nacer la obra del Sr. Alarcon. ¿En qué se fundaba esta crítica? No he podido nunca saberlo. Si se trataba de saludar á un nuevo novelista, porque en puridad nada de lo hasta entonces producido por el Sr. Alarcon podía considerarse verdadera novela, debiera haber sido más exigente la crítica, porque en escritor tan concienzudo como el Sr. Alarcon no significaba aquella obra la inexperiencia del autor novel en un género, sino el resultado de largas vigiliass y el producto de concienzudos ensayos. Si de aplaudir la forma, en manera alguna debiera haberse exagerado este aplauso, pues más de una vez el público había saboreado el estilo de su autor para manifestar sorpresa por sus bellezas.

Sea cualquiera el motivo de aquel aplauso, á nuestro ver exagerado, vamos á decir algo acerca de nuestra opinión sobre el *Escándalo*.

Es responsable en esta obra el Sr. Alarcon de haber creado ese tipo de jesuita que ha venido tomando carta de naturaleza en las obras de casi todos nuestros novelistas. El P. Manrique es un tipo que no se comprende, y que sólo por la ausencia de pasiones se caracteriza. Sé bien que acaso sea el principal mérito de la obra el que el Padre no desmienta su procedencia, ya que sabe ocultar con verdadera habilidad cuanto de malo ó de bueno pueda existir en su interior; pero dichos tipos empobrecen la acción y la

flaquean. Además, como queriendo ponernos el Sr. Alarcon en contacto con todas las ramas de la gran familia de Loyola, Lázaro no es ni más ni menos que el Padre Manrique, que ha cambiado sus hábitos talares por una levita de paisano. La situación de Lázaro es tan exactamente igual á la de Fabian en cuanto á las sospechas infundadas que constituyen la prueba de ambos, que, conociendo el carácter levantado del hijo del marqués de Piñón, nos inclinamos á creer que Juan mintió piadosamente con el objeto de obtener de Fabian esa resolución, descabellada á nuestro juicio, que no da una solución completa á aquel estado violento y que no es más que el quietismo y el suicidio moral de un alma que, cansada de luchar con el océano encrespado de la opinión, se abandona en brazos de un fatalismo inexplicable, sin aspirar á otra rehabilitación ni recompensa que á una felicidad suprahumana.

De la amistad formidable de Lázaro, Fabian y Diego mucho pudiera decirse: son tan distintos sus caracteres, tan diversa su manera de ser, que alguna vez, cuando el Sr. Alarcon revolviera en su cerebro los personajes de que hablamos y tratara de enlazarlos con amistad profunda, acaso observara con dolor que terminaban sus entrevistas, si sus diálogos iban encaminados por el sendero de la recta lógica, no con saludos cariñosos, sino con groseros puñetazos.

En cambio, el carácter de Gregoria está directamente sacado de la realidad; es un ser que vive, que se agita, que nos codea en todas partes, que por fortuna no abunda, pero que, capaz de todas las infamias y susceptible por su orgullo de todas las mentiras, crea á veces en la vida práctica conflictos tan terribles como el que presta interés al libro del Sr. Alarcon. Bellísimo es también el carácter de Gabriela; no la perjudicaría, sin embargo, cobrar más realidad y purgarse, en parte, de su exagerado misticismo.

La novela resulta indudablemente interesante y dramática, cuajada de descripciones admirables y revestida de una forma brillantísima y perfecta.

El Niño de la Bola es la última producción de Alarcon, y la más notable en nuestro concepto: sin la exageración de los tipos de Vitriolo, de Manuel y aun del mismo Don Elías, sería perfecta: á pesar de esta exageración, es bellísima. Hay en el fondo del carácter, exagerado, lo repetimos, de Venégas algo que nos seduce y nos atrae hoy, que mañana ha de atraernos y seducirnos, porque ama nuestro pueblo todo lo que sale de lo vulgar y se levanta sobre el nivel ordinario, necesita dar vida y forma á algo, á quien á un mismo tiempo tema y admire, á alguien que reuna su generosidad, su valentía y su fiereza, á alguien que, apasionado y ardiente como él, adore la mujer con idolatría, desconozca el temor y los peligros y olvide con dificultad sus agravios.

Más perfecto, aunque menos simpático, es el tipo de Soledad. Mujer apasionada, que lucha para rendirse y se subleva después de rendirse para perder vida y honra en un combate, que en vez de llevar á su frente el laurel de la victoria ha de derramar sobre ella la marca de fuego del vilipendio y la maldición de un ser noble y cobardeamente ultrajado.

D. Trinidad, que cubre con la capa de un amor inmenso la rudeza de su condición primitiva, es criatura que vive, aunque escasea por desgracia.



56011538560118560

Pero despues de tanta belleza, á vueltas de retratos tan exactos como el de la madrileña y el de Pepito; de escenas tan bellísimas como la de la vuelta de Manuel á su patria abandonada y la de la procesion del Niño, el desenlace violento é inesperado viene á robar no poca belleza á la hermosura total de la obra.

Modelo, sin embargo, acabadísimo de pasion, de cariño, de ternura, es la carta de Soledad que da motivo á la catástrofe final.

IV.

Pero el escritor que sin duda personifica en nuestra patria la regeneracion y el cambio completo de los ideales de la novela, es Benito Perez Galdós.

No son los estrechos límites de este brevísimo estudio suficientes á contener todo lo que respecto á tan importante personalidad pudiéramos decir. Afortunadamente, cuanto nosotros callemos está incrustado en la opinion de todos y se encuentra en el fondo de la conciencia de cuantos siguen con algun interes el movimiento literario con temporáneo.

Empezó su carrera el ilustre autor de *Marianela* en una época de total desconcierto para la novela, y á él y sólo á él corresponde el mérito de haber logrado levantarla hasta un punto que, si dista mucho de ser envidiable, se halla tambien muy distante de poder ser con justicia despreciado.

Tuvo Galdós buen acierto en la eleccion del asunto de sus primeras obras. En una época en que las conmociones políticas se sucedían con rapidez vertiginosa, en que la opinion se preocupaba constantemente con la lucha diaria y la atencion se dirigía ansiosa hácia el origen de aquellas instituciones, nada podía ser tan interesante como aquello que afirmase una nacionalidad que muchas veces llegaba hasta vacilar por las utopias de no pocos y las impaciencias de los más. Los episodios nacionales, pequeños cuadros entresacados de épocas, no tan lejanas que sólo pudieran solicitar, por la diferencia de aquellas costumbres con las actuales, la atencion del erudito, ni tan próximas que despertase el rencor en la personalidad flagelada y herida, fueron acogidos con entusiasmo entónces y saludados hoy como una de las obras principales de la época actual.

Hay algo en ellos que nos es propio, que nos toca á lo más íntimo, que nos interesa en lo más vivo. Aquel Gabriel, protagonista de la primera serie de los episodios citados, reúne en sí el espíritu aventurero y es la personificación de aquella España que, anémica y abandonada á sus fuerzas únicas, se empeñaba, galvanizada por un entusiasmo febril y un orgullo titánico, en derrocar el pedestal del coloso de aquella edad, que, si con una mano descargaba sobre el rostro de las naciones el vilipendio y el insulto con el cintarazo de su espada de combate, arrojaba con la otra, en los surcos que abrían las ruedas de sus cañones, la semilla fecunda de las instituciones modernas.

Como aquella España, Araceli, huérfano y desvalido, empeñado en la consecucion de una empresa casi imposible, vence al cabo, sin más auxilios que su lealtad acrisolada, su constancia indomable y su corazon incapaz de dar albergue á la flaqueza.

Pero no vence sin trabajo: momentos de duda mortal é instantes de apocalípticos terrores preceden en su espíritu

á la victoria; enlazado su destino al de la patria donde nació, sus grandes dolores constituyen tambien sus pruebas más terribles, sus sufrimientos son sus sufrimientos, y son sus instantes de amargura aquellos momentos de desmayo en que llega á espirar casi la nacionalidad combatida.

Es imposible de todo punto descender á detalles, porque, afortunadamente para nuestras letras, es Galdós un escritor tan fecundo como notable. Si en la primera serie de sus *Episodios nacionales* aparecen revueltos en el seno de aquella sociedad, en la cual el fermento de las nuevas ideas arrojaba ya la levadura de la revolucion, desde el fraile querido de las turbas y mimado por los grandes, hasta el chispero despreciado por los poderosos y dispuesto á dar su vida por una patria entregada á las usurpaciones de aquellos mismos que le despreciaban; desde el guerrillero ennegrecido por el humo de la pólvora y el sol y el polvo de las llanuras, hasta el increíble de cabellera rizada y uñas acicaladas y tersas; desde la dama á la manola; desde el tribuno hasta el soldado; desde el católico, en fin, que cifraba en su religion y en su patria el mundo todo, hasta el francmasón sin creencias y sin entusiasmo, sonámbulo del sueño utópico de un cosmopolitismo irrealizable y de un *sprit fort* sistemático, en la serie segunda se mezclan, se confunden y se codean el poeta y el mendigo, el *oriente* que convirtió la buena fe en indigno *pane lucrando*, y el *ayacucho* monomaniaco que sueña reformar las instituciones con la observancia ciega de los preceptos de una liturgia ridícula; el hombre del pueblo, héroe por la imposicion del momento y esclavo sumiso el resto de su vida por la condicion tranquila de su espíritu, y el voluntario indomable, casi siervo por el nacimiento y héroe despues por el temple de su alma; la monja que olvida sus votos por sus amores, y la cortesana que rompe sus juramentos impulsada por su cariño; la hija del pueblo, que espera resignada y tranquila dispuesta á sacrificar su dicha, y Monsalud, en fin, el hijo tambien del pueblo, que, imagen de la época en que vive, combate sin ardor ni fe, sin confianza en los ideales que echó abajo el empuje de la revolucion y sin esperanza de ver consolidadas y afirmadas aquellas reformas en cuya realizacion y establecimiento cifró un día la ventura y la felicidad de las naciones.

Además de los *Episodios nacionales*, Galdós es el autor de *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela* y *La Familia de Leon Roch*. Cada una de estas obras sería por sí sola motivo suficiente para escribir mucho más de lo que la índole de este trabajo nos permite decir de todas. Está, además, tan reciente lo que respecto á ellas la crítica ha dicho, que se encuentra en la memoria de todos. En la imposibilidad de hablar hoy de ellas con más detenimiento, diremos únicamente que la tacha de tendenciosas con que algunos las han saludado no es, en nuestro concepto, un defecto en la época presente, y que, si bien en algunas de ellas hay exageracion relativa de algunas pasiones, con *Doña Perfecta*, por ejemplo, en la cual logró salvar este escollo, ha legado á la literatura patria monumento capaz de sostener la comparacion con las mejores novelas europeas de la época actual.

La censura de incorreccion con que algunas veces se ha tildado el estilo de Galdós, si no deja de ser cierta en algo, no es, en cambio, parte á amenguar en lo más mínimo el mérito de sus obras. El calor, la fuerza, la verdad, el co-

lorido, el vigor, en una palabra, y la flexibilidad de su diccion hacen olvidar las leves incorrecciones que en ellas puedan observarse.

No dirémos que Galdós esté exento de defectos; pero la índole de nuestro trabajo no nos permite entrar en observaciones detalladas que no son del lugar presente. Baste decir que, aunque difuso en ocasiones, aunque á veces sujeta la marcha de la accion á desenlaces preconcebidos, es tan grande el interes dramático de sus obras, tan verdadero el color de sus descripciones y tan profundo su análisis psicológico, que bien puede dar el público indulgencia plenaria para sus defectos á cambio de las bellezas de sus obras.

V.

No debemos terminar este ligero estudio sin citar, aunque sea como de pasada, los nombres de dos jóvenes escritores que ya tienen por derecho propio un lugar entre los que al cultivo de la novela se han dedicado en España.

Nos referimos á D. José Ortega Munilla y D. Armando Palacio Valdés.

Autor el primero de *La Cigarra*, *Lucio Trellez*, *D. Juan Solo*, *Sor Lucila*, y el segundo, ya conocido por sus notables y discretas semblanzas de celebridades contemporáneas, autor de una interesante novela, *El Señorito Octavio*, de la cual no hace mucho se ha ocupado la prensa toda.

Ortega tiene estilo fácil, agradable, lleno de color y de frescura, y sus novelas tienen accion interesante é incidentes directamente copiados de la realidad. Palacio Valdés ha demostrado, á nuestro juicio, con su última obra que España tiene un novelista más.

JOSÉ I. HERRERO.

VARIETADES.

Biblioteca del pueblo.—Por iniciativa de nuestro querido amigo y compañero Sr. Canalejas y Mendez comenzará á publicarse dentro de breves días una *Biblioteca* dedicada al pueblo, cuyos volúmenes se venderán por el ínfimo precio de 30 céntimos de peseta cada uno.

Aparte del concurso que la *Redaccion* de la REVISTA ILUSTRADA presta á su compañero, concurso, como nuestro, poco valioso, cuenta el Sr. Canalejas con los siguientes importantísimos trabajos de escritores y políticos eminentes:

Azcárate.—El régimen representativo.

Becerra.—Cosmografía.

Carvajal.—El socialismo y la democracia.

Castelar.—Ideales de la democracia.

Giner (Francisco).—Historia de la Arquitectura española.

Martos.—Lo contencioso-administrativo.

Montero Rios.—La tolerancia religiosa segun el dogma católico.

Pedregal.—La Hacienda al alcance del pueblo.

Romero Giron.—El Jurado.

Sardoal.—La democracia contemporánea.

En el prospecto, que se publicará la semana próxima, figurarán los títulos de los volúmenes con que honran tambien la *Biblioteca* los Sres. Echegaray, Rodriguez, Ruiz Zorrilla, Salmeron y otros publicistas de gran renombre, los cuales no han indicado aún el asunto en que piensan ocuparse.

Como todo pensamiento que nazca en el seno de nuestra *Redaccion*, no puede éste ser juzgado por nosotros con autoridad é independencia: omitimos, pues, elogios, siquiera para ello nos sea necesario vencer la profunda simpatía que nos inspira cuanto tiende á elevar la cultura de nuestro pueblo.

VELADAS LITERARIAS.—En el *Círculo Nacional de la Juventud* leyó en la semana anterior el Sr. Rodriguez Pinilla un delicado poema titulado *Virginia*; una oda *Al Sol*, cuya luz está negada á los ojos de este poeta, y un sentidísimo soneto, *El por qué de mi existencia*, que transcribimos más abajo, y que merecieron entusiastas aplausos.

En el sábado último, el Sr. D. José Echegaray presentó al Ateneo al Sr. D. Melchor Palau, ya conocido como autor de algunas obras poéticas, principalmente por sus bellísimos cantares.

Las composiciones poéticas que leyó ante la numerosa y escogida concurrencia en la noche del pasado 14 son verdadera maravilla del arte. Inspirándose su autor en los modernos conocimientos de la ciencia, ha dedicado odas dignas del estro de Quintana *Al carbon de piedra*, *Al polo Artico*, á *La Geología*, á *La Poesía y la Ciencia*, y unas décimas *Al Rayo*, alcanzando el Sr. Palau éxito tan brillante que á toda ponderacion excede.

EL POR QUÉ DE MI EXISTENCIA.

SONETO.

Sin que lleguen á mí los resplandores
Que el sol ardiente sobre todos lanza;
Víctima de una suerte sin mudanza
En sus rudos y bárbaros rigores;
Abrasado de amor y sin amores;
Buscando, sin hallarla, una esperanza,
Sólo veo la muerte en lontananza
Como el risueño fin de mis dolores.

Y en vano, en su lenguaje persuasivo,
Mis ojos ¡ay! de la fortuna imploran
Trueque en ternezas su furor esquivo;
Tantos, tantos tormentos me devoran,
Que si á pesar de mis pesares vivo,
Es porque aún hay dos seres que me adoran.

C. RODRIGUEZ PINILLA.

CORRESPONDENCIA.

Valladolid.—Don E. M. G.—Recibido importe de la suscripcion hasta fin de Marzo.

— Don E. S.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don J. M. L.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don F. V. G.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don G. A.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don R. G.^a de la L.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don E. G. V.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don P. G. R.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don C. A. F.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don D. M. H.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don M. S. G.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don A. M. E.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don G. G.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don D. L.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don S. M.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don J. V. V.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don S. D. R.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don J. M.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don J. Y. P.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don M. A. F.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don C. S. G.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don M. C. B.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don G. G.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don S. N. P.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don R. M. R.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don S. B. S.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don M. S. V.—Id. id. de la id. hasta id.
— Don R. B.—Id. id. de la id. hasta id.

(Continuará.)

MADRID 1881.

IMP. Y LIT. DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Calle Real, núm. 1.